

neros de vida adaptativos, sino que se inscribe en la dirección de una geografía general de lo político, un esbozo de la territorialidad humana».

No se puede dejar de reconocer que el naturalismo del *Tableau* limita todavía este alcance. Pero hay que tener en cuenta, como bien señala Robic, que el *Tableau* se empezó a gestar quince años antes, en el momento más naturalista de Vidal, y que cuando se publicó el autor todavía dudaba entre hablar de geografía política y de geografía humana (acabó optando, como es bien sabido, por ésta). En otras palabras, Vidal no había recorrido todavía el camino que le llevaría a argumentos más económicos para la organización regional, aunque sí había hecho ya de la geografía una geografía humana con fundamento en la ecología.

Si relacionamos este argumento con el otro que ya he mencionado de la preocupación de Vidal por la hipercentralización del estado francés, por esa trama tan polarizada que convierte al resto del territorio en difuso, comprenderemos la escasa presencia en el *Tableau* del propio París y la tan criticada omnipresencia del mundo rural.

La historia ha borrado la geografía, concluía Lavissee del *Tableau* de Michelet, y con esa intención le encargó a Vidal un nuevo *Tableau* que no tenía otra misión que ser el prólogo de su historia de Francia. Por su planteamiento epistemológico, por la originalidad de su método, Vidal ha tratado de volver la oración por pasiva: por sus energías virtuales, que se aplica en exponer, la geografía quizá prepare la historia del mañana.

¿Qué concluir de un texto denso, múltiple, que incide sobre las mismas cuestiones sin repetirse, obstinadamente vuelto hacia una lectura de hoy pero que sitúa respetuosamente en el contexto de ayer, que logra derrumbar muchos tópicos? Ante todo, que textos como este no admiten lecturas simples: las frases de nacionalismo francés, desde luego desafortunadas, deben entenderse en la perspectiva general, y no hay que dejarse arrastrar por su contundencia, como me ocurrió a mí, por cierto, con mis alumnos de Teoría y Método de la Geografía, comentando el primer capítulo sobre la personalidad de Francia. Pero hay otras cosas que he tratado de traer a colación en este comentario. Terminó con algunas no mencionadas hasta ahora. Del libro de Robic y los demás autores nos quedan recursos de método, los de los autores y los de Vidal. De los primeros, ya he dicho algo. De Vidal, quiero recordar que cree que se puede hacer una transposición directa desde la esfera de la ciencia a la pedagógica. Es algo que se ha venido aplicando desde entonces y que quizá debería ser revisado. También la opción

de una vía media para la geografía entre el localismo exacerbado de muchos pedagogos y el ambientalismo de los geólogos y los biólogos. Así como la pretensión de suministrar «una visión razonada» o una «descripción explicativa» (expresiones ambas de Robic) de la realidad geográfica. Y finalmente, y ha sido un descubrimiento en parte para mí, un patrimonio de imágenes de las que hay que recuperar, si no quizá la intención y el sentido, sí la ambición.— JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA

### *Un retorno necesario a la teoría\**

La aparición durante el año 2000 de la obra de José Ortega Valcárcel, *Los horizontes de la geografía*, donde se vuelven a plantear cuestiones clave como el origen, la situación actual y el porvenir de nuestra disciplina, nos animó a iniciar una lectura crítica de sus contenidos y elaborar una serie de comentarios al calor de las reflexiones allí expuestas, de los que estas páginas constituyen la primera expresión. Hemos decidido recoger el testigo en la recuperación de la reflexión teórica sobre la Geografía; una reflexión imprescindible para afirmar la validez de los estudios rigurosos de contenido espacial y territorial, para evitar quedar diluidos en medio de otras disciplinas poderosas y para combatir ciertas tendencias disgregacionistas o de excesiva especialización, de enquistamiento en el reducido universo propio, que amenazan la necesaria unidad de la disciplina. Con estos objetivos nos pareció oportuno analizar la aportación de Ortega Valcárcel ya que, después de muchos años de debilidad teórica en la producción geográfica española, de nuevo se realizaba una propuesta sobre la necesidad constante de preguntarnos quién somos y hacia dónde vamos, como mínimo para aclarar nuestra posición en las estructuras académicas y de conocimiento actuales.

Si el decenio de 1970 e inicios del de 1980 fueron los de la primacía de lo teórico, de lo ideológico, en el campo de las ciencias sociales y las humanidades, tal y como correspondía a una sociedad española en profunda transformación y siguiendo los pasos que con anterioridad se habían dado en otros países, desde hace al menos tres lustros la Geografía ha pecado de un exceso de inmediatez. La misma se ha concretado en la proliferación de análisis exhaustivos sobre la realidad próxima y en el

\* ORTEGA VALCÁRCEL, J. (2000): *Los horizontes de la Geografía. Teoría de la Geografía*, Ed. Ariel, Barcelona.

afianzamiento de interpretaciones más centradas en la rama de la disciplina tomada para la propia adscripción personal que en estudios integradores del territorio o las dinámicas espaciales. En consonancia con esto, podría incluso contemplarse la decidida apuesta por la investigación aplicada sobre la básica en los programas vigentes en España y en Europa. A partir de 1985, por poner una fecha, asistimos a la multiplicación de artículos, comunicaciones, monografías y trabajos académicos de contenido geográfico. Sin embargo, los excesos localistas y de especialización se han traducido en la inexistencia de nuevos tratados generales sobre teoría de la Geografía, las relaciones entre la disciplina y las restantes ciencias sociales y humanas (como ocurría a mediados de los 1980 con ensayos como el de Horacio Capel sobre *Geografía Humana y Ciencias Sociales*, de 1984, y el de Nicolás Ortega, de 1987, sobre *Geografía y Cultura*), o el estudio regional de España que supere el estadio de mera adición de aproximaciones sobre las diecisiete comunidades autónomas.

A este respecto, la enorme influencia alcanzada por las obras de Horacio Capel, *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la Geografía*, de 1981, y de Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz y Nicolás Ortega, *El pensamiento geográfico*, de 1982 (junto a otras de temática más acotada, como por ejemplo, *Teoría y método en la Geografía humana anglosajona*, de M<sup>a</sup> D. García Ramón y publicada en 1985), obedecen tanto al interés que en el momento de su salida al mercado generaban estas cuestiones como a la interrupción de las ediciones de estudios sobre la teoría de la Geografía que vino después. Numerosos profesores que han debido optar a plazas de titular o catedrático en la universidad se han encontrado con que sólo «el Capel» y la aportación de textos del pensamiento geográfico ayudaban a arrancar con el proyecto docente que necesariamente debía ser elaborado. Se dispone de numerosas reflexiones sobre líneas de investigación, ramas o problemáticas concretas de nuestra disciplina publicadas con posterioridad a estas obras, pero a pesar de la indudable calidad de muchas de ellas generalmente se trata de análisis limitados, que rehúyen de manera directa el intento de globalizar, de totalizar. Por todo esto, el libro *Los horizontes de la Geografía* debe ser saludado como una aportación fundamental, como un instrumento que permite a la Geografía española recuperar la dimensión teórica, interpretativa sobre su función científica y social. Una disciplina que no se pregunta de forma continua cuál es su función en el conocimiento, por qué se ha desarrollado y asentado académicamente, qué tiene

que decir ante los problemas actuales, corre sin duda el riesgo del empirismo, del eclecticismo metodológico, de la falta de identidad que contribuye a su devaluación objetiva y subjetiva.

A lo largo de aproximadamente 600 páginas, José Ortega organiza una densa exposición en torno a tres grandes cuestiones, presentadas como partes de la obra: «las culturas del espacio, las culturas geográficas», donde se analizan los momentos históricos de la antigüedad, el medioevo y la época moderna, cuando se formalizaron un buen número de conocimientos espaciales, territoriales y cartográficos de forma precientífica, en el sentido contemporáneo de la palabra ciencia; «la fundación de la Geografía», en la que se aborda la creación de la disciplina tal y como hoy la entendemos, las bases filosóficas sobre la que se sustenta en su totalidad y los diferentes enfoques que se han ido desarrollando dentro de la misma; y «el objeto y prácticas de la Geografía», que acomete una reflexión centrada en la actualidad y en la situación de las diferentes ramas que se distinguen en nuestra disciplina. Las cuestiones de su unidad, diversidad o fragmentación interna subyacen en toda esta tercera parte, que desemboca en un capítulo final, conclusivo, donde J. Ortega Valcárcel vuelve a plantearse cuáles son los horizontes de la Geografía, el título elegido para el conjunto de la obra.

En todo este tratado se pretende lograr un equilibrio explicativo entre historia, presente y futuro. Así, *Los horizontes de la Geografía* se estructura en una introducción y 24 capítulos, de los cuales seis integran la primera parte dedicada a las culturas del espacio anteriores a la contemporaneidad. El mismo prólogo y la introducción de la obra, así como las páginas preliminares del primer capítulo, definen nítidamente el proyecto de la obra. Se asienta de forma anticipada desde estos inicios el concepto de «ruptura epistemológica», como rasgo esencial de la Geografía moderna y distintivo de ésta en relación a las formas precedentes de conocimiento sobre el espacio. Se insiste desde esta primera parte en la consideración de la Geografía como una disciplina moderna. Asimismo se ponen de manifiesto con bastante claridad y convicción ideas tan sustanciales como el carácter plural de la historia de la Geografía o el contenido polisémico de su propio concepto. Se comienza con un análisis referido a la necesidad que los seres humanos han tenido de situarse y orientarse, de medir y limitar, para su dominio o apropiación, partes de la superficie terrestre. Los conceptos «prácticas espaciales» y «cultura del espacio» marcan el perfil de la Geografía en este primer capítulo, una Geografía concebida igualmente como un

cierto «saber del espacio» (un conocimiento) y un «saber territorial» (una práctica).

Luego, en el capítulo 2, se caracteriza el saber geográfico de la antigüedad donde destacó una curiosidad inicial por la naturaleza, la representación del espacio y los territorios, y el conocimiento de tierras y pueblos alejados. La tradición medieval se aborda, y aquí queda demostrada la gran erudición de Ortega Valcárcel, con una serie de referencias muy interesantes a la cosmografía y la cartografía islámicas. Después interesa el occidente cristiano, donde los últimos siglos de la Edad Media supusieron un indudable avance para la representación y el conocimiento de los territorios mediante la elaboración de portulanos y el empleo de nuevos instrumentos para la navegación lejos de la costa. El capítulo 5 se consagra a la época moderna (siglos XVI al XVIII), jugando con la contraposición entre una cartografía sistemática que realizaba continuos progresos y la pervivencia de la tradición anterior a la hora de elaborar corografías y topografías para la descripción de países y regiones. Se analizan las obras de Varenius y Kant como geógrafo, matizando que la contribución de este gran filósofo al conocimiento actual, por ende a nuestra disciplina, no se corresponde con el limitado interés de sus trabajos de tema geográfico. Como colofón a esta primera parte, en las páginas dedicadas a «las condiciones de la geografía moderna» se analiza cómo las exploraciones científicas, los avances tecnológicos, la expansión colonial y el afianzamiento de las ideologías nacionalistas se conjugaron para explicar el nacimiento de la Geografía científica en el sentido actual del término, su reconocimiento institucional y la creación de la comunidad académica de geógrafos. En este contexto cabe entender las aportaciones de Humboldt y Ritter que, según el discurso ahora rupturista de José Ortega, son caracterizados como los últimos exponentes de las culturas geográficas antiguas, anteriores a la formulación de la ciencia geográfica contemporánea a la cual, y no podía ser menos, realizaron una serie de aportaciones fundamentales. A Humboldt y Ritter sólo se les dedican en conjunto cinco páginas, en coherencia con la lectura novedosa que se realiza de sus aportaciones.

La segunda parte, titulada la «fundación de la geografía», incluye un total de once capítulos y una organización interna un tanto original. En los tres primeros (el 7, 8 y 9 del índice de la obra) se plantea la cuestión central del nacimiento de nuestra disciplina como una ciencia moderna. Luego, en otros cinco se realiza un exhaustivo repaso de las relaciones entre filosofía y ciencia en la época contemporánea. Constituyen cinco capí-

tulos de alarde expositivo, donde se pone de manifiesto el profundo conocimiento del autor sobre los sustentos filosóficos y reflexivos de los últimos siglos. En ellos se realiza un sólido buceo por las raíces y tendencias dominantes en la cultura, el conocimiento y el pensamiento, con una excepcional maestría y admirable dominio de las cuestiones. En los tres capítulos restantes aborda un estudio de la Geografía elaborada en el último siglo en función de las grandes corrientes del pensamiento que, sin duda, han determinado su pluralidad de enfoques. Explica e inserta las distintas fases de invención del saber geográfico y su evolución en los contextos y trasfondos culturales, sociales y filosóficos, a los que el autor denomina «horizontes culturales» en que se ha desenvuelto la Geografía. De forma más concreta, José Ortega realiza una interpretación brillante sobre la individualización de la disciplina en el capítulo titulado «un proyecto para la geografía». Aquí se insiste en el contenido naturalista de la Geografía moderna en su formulación inicial, en la importancia que adquirió la Geografía física en este contexto, por cuanto la idea básica sobre la que se sustentó el conocimiento geográfico fueron los condicionantes que el medio físico impone a las sociedades humanas. La Geografía logró su espacio autónomo en las instituciones académicas al contraponerse a las explicaciones de base social y económica que comenzaba a plantear la historia del siglo XIX. Por eso se habla de una ciencia europea para la burguesía; ciencia que, por cierto, fue impulsada en el mundo académico por profesores procedentes de otras disciplinas, muy en especial geólogos y biólogos.

En los capítulos 8 y 9 se insiste en profundizar en el período fundacional de la disciplina. Así, la primera cuestión abordada es cómo la Geografía buscó su diferenciación como ciencia situando a las relaciones hombre-medio en el centro de sus preocupaciones. Una Geografía con un predominio de los contenidos generalistas, si bien comenzaba a aflorar cierta preocupación por la temática regional. Bajo el título, «la geografía moderna: regiones y paisajes», Ortega Valcárcel aborda lo que fueron las bases teóricas de la escuela clásica de Geografía, iniciada en el tránsito de los siglos XIX al XX, fundamentalmente en Francia y en menor medida en Alemania, y de contenido posibilista. Para el autor, el enfoque regional-paisajístico supuso la irrupción de la historia en el estudio de las relaciones hombre-medio. Deválua, y este es otro aspecto rupturista del libro, la aportación realizada en este proceso por Vidal de la Blache, al tiempo que resalta las contribuciones del alemán Hettner y de la escuela histórica de *Annales* fundada por L.

Febvre. Hettner y Febvre pusieron las bases teóricas de las síntesis regionales y de los análisis paisajísticos luego materializados bajo un mismo patrón por Vidal de la Blache y sus discípulos.

Un hecho que sorprende notablemente al lector de esta obra es el profundo conocimiento de la filosofía contemporánea del que se hace gala. Normalmente, los tratados teóricos de Geografía expresan un interés y un manejo notable de las claves referidas a la evolución de la filosofía de la ciencia. Sin embargo, en este caso Ortega Valcárcel demuestra dominar, como se apuntaba en párrafos anteriores, hasta un nivel de profundidad llamativo las grandes corrientes y autores del pensamiento elaborado en los siglos XIX y XX. Se parte de una reflexión netamente filosófica para luego desgranar los contenidos precisos de la filosofía de la ciencia. Esto se comienza a hacer en el capítulo 10 cuando se abordan los conceptos claves de la modernidad y de la razón contemporánea, para después centrarse en las dos tradiciones del conocimiento científico, el racionalismo y el empirismo, y la división de la filosofía entre materialismo e idealismo. El establecimiento de tres capítulos diferentes (el 11, 12 y 13) sirve para ordenar, a juicio del autor, los tres grandes grupos de filosofías de la modernidad. En primer lugar, el positivismo, tanto en su formulación empírica e inductiva tradicional, como el positivismo lógico del Círculo de Viena. Se individualiza la aportación de K. Popper y se termina con una consideración sobre la ideología implícita a estas filosofías de estirpe racionalista. En segundo término, se acomete la explicación de la racionalidad dialéctica, con un desarrollo muy especial de los contenidos del materialismo histórico. La influencia del mismo en la segunda mitad del siglo XX se concretó en el auge del estructuralismo, abandonado en sus posiciones extremas de los 1960 y 1970, pero que ha dado paso a interesantes propuestas como las de la teoría de la estructuración de A. Guiddens. En tercer lugar, las filosofías críticas con el racionalismo, subjetivistas, se analizan de forma más breve, insistiendo en el momento de su aparición, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, y en su resurgimiento posterior con la fenomenología y el existencialismo. De su influencia hay que retener dos ideas: durante mucho tiempo han justificado la diferenciación interna de las ciencias, entre las nomotéticas, que pueden formular enunciados generales, y las idiográficas (centradas en los seres humanos y en el estudio de la sociedad), cuyos enunciados carecen de validez universal; y la reivindicación del sujeto, sus percepciones y sentimientos, como base sobre la que construir una parte sustancial del co-

nocimiento. Por último, en el capítulo 14 se abordan las últimas corrientes del pensamiento, asociadas a la utilización del prefijo post-, como el postestructuralismo y el postmodernismo. José Ortega hace gala del buen conocimiento de ellas y, por lo tanto, no sorprende que la negación de lo universal, la crítica a las grandes teorías totalizantes, y la defensa de que el saber actual se halla fragmentado en multitud de metarrelatos o metahistorias, se conviertan en los ejes centrales de su exposición.

Después de ese amplio recorrido por la filosofía contemporánea (de 80 páginas), la obra se introduce en los tres grandes enfoques que ha seguido la Geografía científica desde su fundación. En el capítulo 15 se ordenan las aportaciones de las geografías positivistas en diferentes momentos. Se parte del ambientalismo característico de la primera Geografía académica, de la hegemonía de las lecturas centradas en el medio físico y del concepto de región natural. Luego se consagra todo un apartado a la perspectiva analítica, de teorías, leyes y modelos, fundamentada en la cuantificación, que fue hegemónica a mediados del siglo XX. Aquella a la que se denominó *nueva geografía* por contraposición a la *tradicional*, regional-paisajística. Los enfoques de ascendencia positivista en la disciplina son en la actualidad dos: el basado en la utilización de coremas, signos que expresan la existencia de arcos, corredores, fachadas o diagonales para explicar la organización del espacio, y el desarrollado gracias a los progresos de la cartografía automática, en especial la aplicación de los SIG. Como contrapunto al cientificismo de las corrientes a las que acabamos de referirnos, «las geografías del sujeto», sus bases teóricas y contenidos, reciben atención a lo largo de otro capítulo. La primera parte del mismo se reserva al enfoque regionalista, mejor dicho regional-paisajístico, y a los fundamentos sobre los que se construyó la clásica síntesis regional. Por supuesto se aborda la crisis de este modo tradicional de hacer Geografía y se estudia la recuperación de algunos de sus postulados con las recientes lecturas humanistas, en menor medida perceptivas, y de ciertas modalidades de aproximación fragmentaria a la realidad asociadas a las geografías postmodernas. Finalmente, la razón dialéctica, el materialismo, se identifica con la «geografía del compromiso político», radical, en el capítulo 17. En este caso tan solo se analizan los fundamentos de una corriente de la disciplina surgida en los años 1960 y que se planteó la consideración del espacio como producto social, la lectura de los territorios en clave de procesos de dominio y apropiación, y la función de la Geografía como instrumento de crítica y cambio social y político.

En la tercera parte de este tratado, «objeto y prácticas de la geografía», se reflexiona sobre la disciplina desde el presente, por supuesto introduciendo algunas referencias a su porvenir. Este acercamiento se organiza en siete capítulos diferentes, uno de presentación general, «el objeto de la geografía: las representaciones del espacio», otro de conclusión, titulado «los horizontes de la geografía», al que nos hemos referido, y los cinco restantes dedicados a caracterizar las diferentes ramas de la ciencia, sus desarrollos, en una lectura que privilegia las aproximaciones parciales sobre la interpretación unitaria (quizás inviable) de la Geografía. Todo este conjunto de capítulos se inicia con una consideración sobre la herencia variada, plural, de la disciplina, tanto en el plano teórico como ideológico y epistemológico. Se continúa insistiendo en la fijación de los conceptos de espacio, territorio y lugar como una aportación fundamental de la ciencia en la que nos encuadramos. Existen espacios objetivos y subjetivos; entre los primeros se incide en la tradición asociada a la noción de espacio *natural*, siempre vinculada a las de medio geográfico y paisaje. También al espacio como producto social, enunciado por las corrientes críticas de los 1960 y 1970, y que permite referirse a los procesos de producción o construcción del espacio. Las prácticas de territorialización se han concretado habitualmente en el sentido geográfico que adquiere la palabra región, otro concepto clave enunciado por la Geografía. En definitiva, José Ortega reserva el primer capítulo de la última parte de su obra para hacer un compendio de las principales contribuciones de la disciplina desde su formulación contemporánea como ciencia.

Los capítulos 19 al 23, ambos inclusive, se dedican a efectuar un repaso del estado actual de las distintas ramas de nuestra disciplina, en una lectura no exenta de crítica y cierto pesimismo. Las «geografías físicas» son las primeras en ser abordadas. Se analiza la hegemonía de la geomorfología en este contexto, sus indudables coincidencias con la geología, las corrientes (de origen norteamericano y alemán) que han marcado su evolución, y las dificultades con las que se encuentra para imponer su interpretación de la realidad al conjunto de la Geografía física. La aportación de la geomorfología es valorada de forma excesivamente dura, cuestionando su carácter geográfico y poniendo de manifiesto sus carencias a la hora de construir un enfoque integrado junto a otras ramas también preocupadas por el espacio *natural*. Frente a la geomorfología, la climatología, la biogeografía y la hidrogeografía reciben una consideración bastante favorable, en particular sus investigaciones más recientes que suponen la reivindicación del ambientalis-

mo, el retorno al estudio de las variables naturales en su relación con las sociedades humanas. En todo caso, Ortega Valcárcel considera que la Geografía física no es un ámbito unitario, sino cuatro ramas independientes con presupuestos teóricos, métodos y evoluciones diferenciados.

Por su parte, «las geografías humanas», su pluralidad de enfoques, se caracterizan en dos nuevos capítulos. Se parte de la idea de que una Geografía humana unitaria ha dado paso a una notable diversificación interna en la actualidad. En esta proliferación de ramas de la disciplina se asiste a la rehabilitación de viejas temáticas olvidadas, como la geografía histórica y la geografía sanitaria (de la salud). También se habla del tránsito de un enfoque predominante de estudios agrarios a otro centrado en la multifuncionalidad de los espacios rurales del presente. Se destaca la importancia de las aportaciones realizadas por la Geografía urbana (en los planos morfológico, funcional, del análisis de los conflictos sociales y de las representaciones espaciales) y por la Geografía económica (cada vez más una economía política y geografía del capitalismo tardío). Las ambiguas relaciones entre Geografía de la población y Demografía son abordadas brevemente, para dar paso a los nuevos campos que ha desarrollado la Geografía humana, donde se destacan la geografía del ocio, la geografía social y la geografía política, renacida de sus cenizas, de su completo desprestigio al finalizar la II Guerra Mundial.

Un ámbito original de la Geografía humana es el enfoque feminista, al que José Ortega otorga una importancia tal que le reserva un capítulo completo de análisis (recordemos, en contraposición, las cinco páginas dedicadas a Humboldt y Ritter, y la devaluación que acompaña su lectura de Vidal de la Blache). Se defiende la idea de que la teoría social derivada del feminismo es una de las grandes novedades del pensamiento elaborado en la segunda mitad del siglo xx. Luego se analiza la traslación de esta corriente crítica, que enfatiza una desigualdad básica en las sociedades humanas, a la Geografía. Se juega con la diversidad interna de las geografías feministas, se repasan las bases de su construcción teórica, la reivindicación metodológica que acompaña la consideración de la mitad semiolvidada de las personas, y se enumeran los principales escenarios de investigación de las mismas (la ciudad, el espacio de trabajo y la naturaleza desde una perspectiva de sensibilización ecológica). Para terminar se plantea la pregunta de si este enfoque reciente constituye una alternativa o un complemento respecto a las demás prácticas geográficas, inclinándose más por la segunda opción.

El capítulo dedicado al «ascenso y la caída de la geografía regional» es necesariamente extenso. Se vuelven a explicar los fundamentos de la visión ambientalista de la región, la región natural, de la escuela regional-paisajística francesa y sólo se amplía un poco lo ya expuesto con una referencia a la geografía de las áreas anglosajona. Después es abordada la conocida crisis de la geografía regional, que prácticamente coincidió en el tiempo con la popularización del análisis propugnado por economistas y denominado *ciencia regional*, enfoque que favorecía una lectura mecánica de la región, una región muchas veces instrumental y tecnocrática. A partir de aquí, la exposición de José Ortega adopta un tono pesimista, pues considera el autor que el momento estelar de la región y lo regional en la disciplina ya pasó y que es muy difícil que vuelva a repetirse. Sin embargo, se incurre en una cierta contradicción al mantener esta lectura negativa y, al mismo tiempo, enumerar todas las aportaciones (variadas y ricas) que la Geografía regional realiza en los últimos tiempos. Entre ellas las nociones de región funcional y región sistémica, definidas a partir de la primacía de lo urbano en la organización del espacio. También la revalorización de lo regional y lo local desde los enfoques críticos de la Geografía, interesados en construir una especie de economía política radical. Por último, sobresale la consideración de la región como espacio vivido y como objeto muy apreciado en los estudios sobre las representaciones territoriales.

Sin duda es posible apreciar una continuidad de tono entre el capítulo dedicado a la geografía regional y el último, conclusivo, titulado como el conjunto de la obra. El autor se esfuerza en destacar las grandes formulaciones de la Geografía contemporánea, que en buena medida consigue transmitir al lector, pero al mismo tiempo mantiene un tono pesimista, negador, de un horizonte esperanzado para la disciplina. Un primer apartado se reserva a comentar la diversidad interna de la Geografía, algo en principio interesante como se ha señalado en páginas precedentes, pero que puede provocar el estallido de la disciplina en múltiples ramas, empezando por la consabida escisión Geografía física-Geografía humana. El desarrollo de numerosas geografías físicas o humanas, y la pérdida de protagonismo de lo regional constituyen amenazas directas al futuro de la ciencia geográfica tal y como hoy la conocemos. Además, muchas de las prácticas geográficas recientes son consideradas una forma cómoda de caer en el empirismo, de hacer análisis espaciales y territoriales sin mayores preocupaciones. Y, sin embargo, el mundo globali-

zado en el que vivimos, con el acortamiento general de las distancias, hace necesaria más que nunca una reflexión sobre las diferentes escalas (global, regional y local) en las que se desarrollan los procesos sociales y económicos. En este sentido trabajan un buen número de geógrafos actuales. En el fondo, y así lo plantea Ortega Valcárcel, es necesario interiorizar un giro conceptual que se ha producido en la Geografía. Una ciencia fundada para estudiar las relaciones hombre-medio, preocupada sobre todo por el conocimiento de lo concreto, de las formas que perduran (paisajes, regiones, los marcos naturales, etc). Pero la evolución histórica reciente nos muestra que todo cambia a una gran velocidad, que esas mismas formas, realidades espaciales y territoriales consideradas inmutables, se transforman, pierden su significado originario, se perciben ya de manera distinta. Por eso, la Geografía debe recurrir a la teoría social contemporánea para comprender cómo un elevado número de agentes, de prácticas y de representaciones colectivas están en la base de las dinámicas de mudanza acelerada en la organización del espacio y en los procesos de territorialización. Éste debe ser el nuevo fundamento de la disciplina, un ámbito de conocimiento que integra lo humano y lo físico, a través de la recuperación del ambientalismo, del creciente interés por los efectos de la urbanización en el medio natural.

La utilidad presente y futura de la Geografía se descubre cuando, según José Ortega, «en una sociedad capitalista exclusiva, cada vez más integrada, se produce y desarrolla la persistencia de lo particular, de lo local, de lo nacional». Por eso, el horizonte de la Geografía se asocia a una importancia creciente de los análisis centrados en los agentes sociales, los nuevos procesos de diferenciación territorial y las dimensiones de lo regional que se plantean hoy en día. Una Geografía que, como apunta el autor, se debe ocupar de los problemas relevantes del mundo actual (migraciones, integración económica, urbanización, etc), las relaciones existentes entre espacio social y naturaleza, y las condiciones geográficas de transformación de la naturaleza. Todo esto recuperando la teoría y el debate público, y abandonando cierto estado de ánimo pesimista que, a pesar del esfuerzo propositivo realizado, se esconde en el capítulo final elaborado por el autor.

Entre las fortalezas que presenta el conjunto de la obra, hemos decidido enumerar las cinco que en nuestra opinión son más destacadas.

a) En primer lugar, hay que reiterar el valor que en sí mismo posee sentarse a escribir unas seiscientas pá-

ginas de teoría de la Geografía en España, después de tantos años de ausencia de una contribución, un esfuerzo de magnitud similar, ni siquiera aproximado. Alguno de nosotros en los últimos tiempos nos hemos sentido tentados por las aproximaciones postmodernas, fragmentarias, a la realidad, como mejor forma de concebir el conocimiento científico en este tránsito de milenio. Sin embargo, que un geógrafo asentado en la modernidad como José Ortega reivindique una visión totalizadora sobre nuestra disciplina constituye una aportación muy interesante, imprescindible. Si de algo sirve la totalización es para preguntarnos quiénes somos, qué estamos aportando o en condiciones de aportar y, en consecuencia, qué debemos demandar de reconocimiento académico por el trabajo realizado. Totalizar, elaborar teorías sobre la disciplina en su conjunto sigue siendo útil, a pesar de que el relativismo y la suma de visiones parciales se hayan ido instalando entre nosotros.

b) En segundo término, la indudable erudición y dominio de las corrientes del pensamiento que muestra José Ortega permite cumplir con creces un objetivo básico de cualquier tratado teórico: relacionar la formalización contemporánea y el devenir reciente de la Geografía con las corrientes filosóficas de cada período. Pues, aunque existan muchas evidencias que pretenden desmentirlo, no estamos solos en el mundo de la ciencia, de las denominadas ciencias humanas y sociales. Nuestra evolución ha sido semejante a las de la historia, la economía, la sociología o la antropología, entre otras. A partir de esta obra, el uso de las grandes corrientes del pensamiento y las referencias a su complejidad, obligan a relacionar formas generales de conocimiento con el progreso de la disciplina, sustituyendo las traducciones mecánicas de algunos enfoques de filosofía de la ciencia a los tratados de teoría de la Geografía.

c) En tercer lugar, cabe reivindicar ciertas apuestas arriesgadas del autor. De forma habitualmente suave en las formas, se devalúa mucho la contribución de Humboldt, Ritter y Vidal de la Blache, se critica a la geomorfología y el estallido interno de la Geografía humana. Aunque no coincidamos completamente con algunas de estas posiciones, cabe respaldar una apuesta en la que se toma partido claro, bien fundamentado, por una interpretación propia del pasado, el presente y el porvenir de la disciplina.

d) En cuarto lugar, Ortega Valcárcel se nos muestra como un tratadista contemporáneo, sensible a las preocupaciones, opiniones y problemas percibidos por la comunidad de geógrafos. Cuando en la tercera parte de

la obra se analiza nuestra disciplina en la actualidad, se está ordenando aquello que la mayoría de nosotros consideramos las grandes aportaciones conceptuales que la ciencia ha realizado a lo largo de los años. También la visión no exenta de conflictos que poseemos sobre sus líneas de investigación y prácticas recientes. Reflejar el estado de ánimo colectivo de una disciplina, expresar convenientemente ideas y comentarios que se repiten en departamentos y otros centros de investigación geográfica, es otra fortaleza de este *retorno a la teoría* que permite pararnos a pensar quiénes somos y dónde estamos.

e) En quinto y último término, el capítulo final de la obra consigue plantear las bases de la Geografía del futuro. Soluciona, si bien lo hace en un tono impregnado de pesimismo, un problema fundamental de la disciplina: que las bases ambientalistas sobre las que se fundó en el siglo XIX no son válidas en la actualidad. El marco natural no condiciona las actividades humanas, pero la acción social transforma continuamente el espacio, produce nuevos lugares, crea paisajes, degrada el medio; todo esto en un contexto de globalización, donde lo local y regional lejos de desaparecer se reafirman, plantea la necesidad de continuar elaborando análisis espaciales y territoriales rigurosos, a diferentes escalas, cada vez más centrados en procesos y menos en realidades estáticas.

Acabamos de enumerar una serie de puntos fuertes del libro *Los horizontes de la geografía*; cabe apuntar ahora las debilidades y defectos que, a nuestro juicio, han acompañado su elaboración. Por una parte, a ningún lector del conjunto de la obra se le escapa la existencia de un cierto desorden interno. Un tratado que adopta una lectura básicamente historicista sorprende al volver para atrás, saltar hacia delante, repetir varias veces los mismos argumentos y referencias en capítulos muy distantes entre sí. Pongamos algunos ejemplos. El concepto tradicional de la región se aborda en el capítulo 9 («la geografía moderna: regiones y paisajes»), y casi con las mismas palabras al tratar de las geografías del sujeto (capítulo 16), del objeto de la Geografía (capítulo 18) y del ascenso y caída de la geografía regional (capítulo 23). En otro plano, el capítulo 9 termina por cerrar una exposición muy interesante sobre la fundación de la Geografía moderna, desde mediados del siglo XIX hasta los primeros decenios del XX, mientras que en el capítulo 10 se vuelve a una reflexión centrada en los fundamentos del pensamiento contemporáneo que tiene mucho que ver con filósofos como Kant, cien años anterior a la escuela regional-paisajística francesa y tres capítu-

los después de evaluarse la importancia del Kant geógrafo. Quizás en una obra teórica tan ambiciosa como la que se propuso realizar José Ortega sea muy difícil evitar algunas de estas descoordinaciones, pero su existencia reiterada nos obliga a sugerir que sean corregidas, cuando menos matizadas, en nuevas versiones de este tratado.

En el repaso a los contenidos de la obra hemos repetido que la parte final de la misma deja entrever una interpretación cargada de pesimismo del presente y el porvenir de la Geografía. Algo que llama la atención cuando el autor está planteando tanto la riqueza propositiva y conceptual de nuestra disciplina como las bases sobre las que se deberá sustentar en el futuro. Da la impresión de que el Ortega teórico (*la fuerza de la razón*) se contradice con un sentimiento personal de pesimismo (es posible que una crisis de voluntad por hacer algo más que esta monumental obra teórica). Sería conveniente en cualquier caso eliminar esta idea de escisión interna que acaba dominando la exposición del capítulo final. Porque, también, José Ortega repite dos o tres veces que la Geografía debe ser definida ante todo como la disciplina que practica la comunidad de geógrafos y al utilizar fuentes informativas sobre su estado actual se olvida por completo de que las asociaciones, las uniones, los grupos de investigación o de intereses, en definitiva, los actores y líderes del colectivo de geógrafos, sus visiones y representaciones de la realidad, son fundamentales para entender la situación actual de la ciencia. En las citas bibliográficas, en las continuas referencias utilizadas por el autor, se muestra un conocimiento exhaustivo de la bibliografía, pero escaso de los acontecimientos concretos (congresos, reuniones, proyectos colectivos, etc) que están detrás de la producción elaborada. Frente a lo que se afirma en la conclusión de la obra, se recurre más al estudio de lo permanente (fuentes escritas de información) que a los procesos y dinámicas que condicionan el devenir de la comunidad de geógrafos con la que (según la impresión que se tiene al leer este libro) se practica un claro, y deseado, distanciamiento. Como apunte final en esta enumeración de reparos, hay que poner de manifiesto la existencia de un significativo desajuste entre las obras reseñadas en el texto y las incluidas en la relación bibliográfica final, muchas menos de las citadas. Este problema quizás sea un efecto perverso de las técnicas informáticas de archivo de la información, pero se agradecería su rápida y efectiva solución, ya que presentar un listado completo de las obras consultadas es básica para abordar cualquier acercamiento teórico.

Como valoración global de la obra queremos fijarnos en dos ideas, aportadas por el autor, y que constituyen la conclusión al enorme esfuerzo teórico realizado. Por una parte, que la Geografía del futuro tiene que definirse ante todo como una disciplina social. Por supuesto preocupada por temas como la variabilidad climática, la deforestación o la demanda y usos del agua, entre otros, pero siempre considerando que las colectividades humanas aceleran procesos naturales, se ven afectadas por catástrofes que ellas mismas inducen, y *progresan* (no se sabe hasta cuándo) consumiendo recursos y generando destrucciones difícilmente reversibles en el medio natural. La calidad de vida de la mayoría de las personas depende de un uso racional de los espacios, de prácticas inteligentes de territorialización. Por eso nuestro colectivo profesional, y así lo demuestra una reciente encuesta elaborada por la AGE, considera a la Geografía como ciencia del territorio y aplicada, que debe de ser naturalista y social al mismo tiempo en cuanto a sus contenidos en la enseñanza secundaria. El bienestar de los seres humanos se reafirma así como el objetivo moderno, *ilustrado*, de nuestra disciplina en tanto ciencia humana y social. Por otra parte, la supervivencia, el horizonte, de la Geografía no está asegurado; la disciplina puede desaparecer del mismo modo que se produjo una formulación contemporánea de la ciencia en el siglo XIX. De lo que no hay duda es de la necesidad permanente que tienen las personas de desarrollar culturas y conocimientos espaciales y territoriales. Un análisis espacial sin geógrafos, sólo con ingenieros, arquitectos, economistas o agentes políticos y sociales, seguramente sea posible, pero no deseable. La Geografía científica de los últimos ciento cincuenta años ha demostrado ser la herramienta más elaborada para estudiar espacios, territorios, paisajes y regiones; esperemos que continúe siéndolo mucho tiempo más.— RUBÉN C. LOIS GONZÁLEZ, JAVIER MARTÍN VIDE y JUAN I. PLAZA GUTIÉRREZ (Compostela-Barcelona-Salamanca)

### *La Ciudad Jardín de Burgos\**

Alrededor de medio siglo ha transcurrido desde que la Geografía Urbana española inició su despegue. Para

---

\* Gonzalo ANDRÉS LÓPEZ: *La Castellana, «Ciudad Jardín» en Burgos*. Ediciones Dossoles, colección Burgos: Ciudad, Espacio y Hombre, Burgos, 2000, 270 págs.